
[“Negro de mierda” y “Naturaleza”: ampliando el concepto de racismo ambiental](#)

Resulta difícil imaginar que el ambientalismo hubiera podido prescindir alguna vez del concepto de “racismo ambiental”. Se trata de un concepto que hace referencia a una realidad que no puede ser abordada “antes” o “después” de la defensa del ambiente sino que debe ser enfrentada cada día, construyendo movimientos contra las formas en que las sociedades opresivas organizan la naturaleza.

El concepto desarma la actitud - muy extendida entre los ambientalistas de clase media - de que “yo no soy racista, así que no me hables de racismo”, y pone de relieve las formas como personas amables sin teorías racistas participan también del racismo, no sólo cuando no tienen en cuenta el grado en que la contaminación fluye hacia la gente negra y marrón y no hacia los blancos, sino también cuando obedecen las reglas de la “alta” sociedad que tienden a prohibir incluso el plantear este tipo de temas incómodos.

Ciudades y bosques

La idea del racismo ambiental surgió en Estados Unidos en la década de 1980, entre los grupos minoritarios que se veían forzados a incorporar en sus organismos enormes cantidades de venenos provenientes de vertederos de basura nuclear o química, botaderos municipales, centrales eléctricas contaminantes, incineradores, aire cargado de pesticidas o agua cargada con plomo.

Lo descrito por los grupos estadounidenses estaba sucediendo en todo el mundo, por supuesto. En 1984 ocurrieron dos desastres: la explosión de la fábrica de productos químicos Union Carbide en Bhopal, India, y la de la planta de gas propano líquido PEMEX en la Ciudad de México, los cuales trajeron el infortunio a un millón de vidas. No mucho después, el trabajo enormemente tóxico de dismantelar computadoras obsoletas comenzó a recaer sobre todo en la mano de obra barata de Asia y África.

Este tipo de racismo ambiental también se había manifestado durante mucho tiempo en los bosques. Entre 1964 y 1992, en Ecuador, Texaco sometió a decenas de miles de indígenas y campesinos (en su mayoría mestizos) a un intenso grado de contaminación derivada de sus yacimientos de petróleo en el Lago Agrio, algo que nunca hubiera sido tolerado en los suburbios blancos ricos de la ciudad de Nueva York. En la década de 1990, se comenzó a “asignar” a las comunidades indígenas de todo el mundo el trabajo de utilizar sus bosques y páramos para ayudar a absorber la contaminación del dióxido de carbono emitido por industrias cuyas ganancias benefician desproporcionadamente a otros grupos étnicos.

De Estados Unidos a la República Democrática del Congo

De hecho, por cada ejemplo de racismo ambiental en las ciudades seguramente se puede encontrar otro ejemplo en los bosques.

Los movimientos de justicia ambiental de Estados Unidos han denunciado desde hace tiempo el racismo inherente a la forma en que algunas organizaciones ambientalistas grandes, con sede en Washington DC, se desviven por hacer superficiales “maquillajes verdes” a las industrias cuyas ganancias siguen basándose en parte en la desigual distribución de la contaminación en el país.

Pero, ¿acaso no es igualmente racista que el organismo del gobierno del Reino Unido que financia el desarrollo, el Grupo CDC, por ejemplo, invierta dinero público en la empresa palmícola Feronia, en la República Democrática del Congo? El precario negocio de Feronia no podría sostenerse si no hubiera ocupado las tierras boscosas robadas a las comunidades establecidas a lo largo del río Congo bajo la ocupación colonial belga entre 1908 y 1960. Dado el persistente legado de desnutrición y dependencia de salarios de pobreza que continúa afectando a la población local, ¿acaso no es racista que CDC sostenga que sólo trata de “mejorar una situación” “heredada”, de la cual no tiene ninguna responsabilidad, y por la cual no puede hacer nada?

Otra dimensión

Pero el racismo ambiental no se refiere solamente a la distribución racial de la contaminación preexistente o de la naturaleza preexistente. También se refiere a las formas en que se co-definen las personas, los grupos étnicos, la naturaleza y la contaminación en primer lugar. Y quizás sea este aspecto del racismo ambiental el que resulta más visible en los bosques que en otros lugares.

Por ejemplo, el mecanismo REDD no solamente es racista porque se apropia de tierras indígenas para limpiar las emisiones de dióxido de carbono no indígenas. También es racista porque es discriminatorio de las ideas indígenas de la tierra. Los entendimientos indígenas sobre los bosques no llegan siquiera a ser descartados, porque ni siquiera se reconoce su existencia. Hay un racismo similar en lo que la socióloga argentina Maristella Svampa denomina “zonas de sacrificio”, donde las valoraciones indígenas de la tierra son ignoradas por considerarse un obstáculo a la economía de exportación de productos básicos.

O tomemos por caso la “naturaleza” preservada en un sinnúmero de áreas protegidas en todo el mundo. A partir de la creación del Parque Nacional de Yellowstone, en Estados Unidos, se trata de una naturaleza que depende de la exclusión de los pueblos indígenas. Se prohíben las innumerables relaciones entre los seres humanos, los animales y las plantas, y se las reemplaza por nuevas relaciones que implican encargados de la vida silvestre, investigadores académicos, guardabosques, turistas y medios de difusión.

En esencia, estas transformaciones no son nada nuevo. En la Inglaterra medieval, las palabras “parque” y “bosque” significaban lugares donde había ciervos reservados para que las élites reales pudieran cazar, no necesariamente lugares donde había árboles. Pero la práctica post-Yellowstone añadió nuevos giros. Las élites intentaron hacer creer que no estaban presentes en la escena al proclamarse representantes de la “naturaleza” no humana. Sin embargo, la palabra “protección” a la que hace referencia el término “áreas protegidas” no se refiere a mucho más que a la protección “de personas sin educación y de piel oscura”.

Por supuesto, bajo ciertos regímenes progresistas se permitió que algunos “nativos” volvieran a ese tipo de “naturalezas”. Pero en el proceso, generalmente tuvieron que aceptar convertirse en pintorescos “nobles salvajes” o en agentes de la gestión ambiental occidental. Por ejemplo, en algunos casos tuvieron que categorizar sus tierras en campos agrícolas permanentes o bosques sin agricultura, sin dejar espacio para otras formas como la de dejar el bosque en barbecho. Esas naturalezas fueron ineludiblemente racistas. La lucha contra el sistema binario ser

humano/naturaleza que definió a tales naturalezas, se convirtió en una parte de la lucha más general contra el racismo.

Naturalezas estereotipadas

¿Y acaso el racismo no ha ido siempre de la mano de ideas discriminatorias de la naturaleza que la ubican de alguna manera afuera y por debajo de los humanos?

¿No es algo más que una coincidencia, por ejemplo, que las connotaciones peyorativas de muchas de las palabras que se usan para “bosque” resuenen con el tono racista de términos a menudo aplicados a grupos minoritarios marginados?

En Tailandia, donde el conservacionismo racista a menudo ha impulsado programas para reasentar a las minorías de las regiones montañosas lejos de los bosques de las cuencas, thuen (selva) es sólo otra palabra para definir “fuera de la ley”, y paa (bosque) se refiere a lo que no es siwilai (civilizado). ¿Cuántos calificativos racistas en todo el mundo - indios de mierda, khon thuen, nyika, spruce monkey, kariang, jangli, jungle bunny - colocan de manera implícita a sus referentes precisamente en esas zonas que tienen un concepto estereotipado del bosque como primitivo?

Con frecuencia se ha asumido que saber cómo vivir en y con ese tipo de entornos supuestamente “salvajes” - tener las habilidades para modificarlos, ampliarlos, enriquecerlos o interactuar con ellos sin simplemente reducirlos a recursos para un crecimiento infinito - disminuía nuestra humanidad. Los pensadores europeos colonialistas, como John Locke, pensaban que los nativos norteamericanos eran absolutamente incapaces de agregar algún ingrediente humano a la tierra. En la India colonial se consideraba que las tierras “baldías” eran ocupadas por “criminales”. Hoy en día, el Banco Asiático de Desarrollo argumenta que sólo sacando a los pueblos de las zonas montañosas de bosque se podrá llevarlos a la “vida normal”.

Ciencia y responsabilidad

Esto conduce directamente a una pregunta quizás aún más incómoda. Si ciertas naturalezas son racistas, entonces las ciencias que las estudian ¿pueden ser inocentes?

La verdad de la ciencia es que no puede poner todo en duda al mismo tiempo. Debe basarse en determinados supuestos que, por el momento, no son cuestionados, con el fin de verificar otras cosas. Al 2016, uno de esos supuestos es con frecuencia la dicotomía racista que separa al ser humano de la naturaleza.

Por ejemplo, una ciencia ambiental cuyos problemas estén formulados por una agenda fija para “reducir el impacto de los seres humanos en la naturaleza” o para “determinar la capacidad de carga”, con seguridad estará racialmente sesgada, independientemente de las intenciones de los científicos que la practiquen.

Aún así, las ciencias que estudian cosas como “la naturaleza de Yellowstone” no pueden escapar indefinidamente de la responsabilidad de cuestionar - científicamente - la construcción misma de lo que investigan. En la actualidad se reconoce ampliamente que una antropología que trata a los pueblos que estudia como piezas de museo estáticas que deben ser “protegidas” del cambio, es racista. Pero ¿acaso la restauración de la ecología no es igualmente racista? ¿Y qué decir de los modelos climáticos que buscan formas de “estabilizar” las temperaturas mundiales a niveles que resulten óptimos para la economía?

Por supuesto, algunos científicos lo suficientemente valientes como para desafiar los supuestos racistas dentro de su propia disciplina, son considerados por sus colegas como actuando fuera del espíritu científico al que han dedicado sus vidas. Se interpreta que se han embarcado en ataques personales y que siembran la división. El racismo, se les dice, no son más que algunos tipos malos que se comportan de manera inmoral o poco profesional, mientras que la ciencia en sí misma, cuando estudia la “naturaleza”, es ciega en materia racial.

Esta reacción está muy extendida en parte porque ha sido muy eficaz para defender el prestigio de la clase científica y de aquéllos cuyo poder está legitimado por la ciencia. Pero en el fondo es simplemente una reafirmación más de la misma división ser humano/naturaleza. Constituye un obstáculo para la discusión racional, tanto como los propios calificativos raciales.

¿Malestar o construcción de movimientos?

¿Están dispuestos los y las activistas por los bosques a considerar la idea de que ciertos conceptos de la naturaleza y los bosques - que ayudan a definir el trabajo no sólo de numerosos científicos sino también de organizaciones como el Banco Mundial, la FAO, la CMNUCC, la UNESCO y el CIFOR -, están en cierto modo a la par de términos raciales como negro? ¿Están dispuestos y dispuestas a cuestionarse la forma en que utilizan a veces estos términos?

Ampliar el concepto de racismo ambiental de esta manera generará con seguridad una resistencia generalizada, si no histeria. Como señaló hace años la jurista estadounidense Patricia J. Williams, entre las clases profesionales “las cuestiones raciales se rechazaron y reprimieron de manera muy parecida a las cuestiones de sexo y escándalo: se considera que alguien es grosero(a) y transgresor(a) si se mezcla (con alguien de otro grupo racial)”.

Pero quizás aquellos desconcertados por el tema no tengan más que superarlo. Durante siglos, campesinos y pueblos indígenas y del bosque han tenido que soportar el racismo impuesto abrumadoramente a ellos y a sus bosques con fórmulas binarias de ser humano/naturaleza. Comparado con eso, que los ambientalistas de la clase media y otros tengan que sufrir un pequeño grado de incomodidad temporal, no es nada. Sobre todo cuando las ganancias potenciales son tan desproporcionadas.

Cuando en la reciente cumbre de las Naciones Unidas sobre el clima, celebrada en París, algunos jóvenes activistas afroamericanos que trabajan contra el racismo ambiental en Estados Unidos se encontraron con representantes de la coalición “No REDD en África”, la compatibilidad fue inmediata. Parte de esto puede haberse debido simplemente a que diferentes aspectos de una historia ambiental mundial compartida, repentinamente encajan. Pero quizás se deba en parte a un sentido de que los antiguos conceptos de opresión racial y liberación se están extendiendo, y que nuevas cosas sorprendentes podrían estar a punto de suceder. Éste es el tipo de momentos del cual surge la transformación. La construcción de movimientos es la creación de conceptos.

Larry Lohmann, larrylohmann@gn.apc.org
The Corner House, <http://www.thecornerhouse.org.uk/>

Más lecturas:

Larry Lohmann, “Ethnic Discrimination in Global Conservation”,
<http://www.thecornerhouse.org.uk/sites/thecornerhouse.org.uk/files/lohmann.pdf>
Larry Lohmann, “Forest Cleansing: Racial Oppression in Scientific Nature Conservation”,

<http://www.thecornerhouse.org.uk/resource/forest-cleansing#fn004ref>

Larry Lohmann, "For Reasons of Nature: Ethnic Discrimination and Conservation in Thailand",

<http://www.thecornerhouse.org.uk/resource/reasons-nature>

John Vidal, "UK Development Finance Arm Accused of Bankrolling 'Agro-Colonialism' in Congo", <http://www.theguardian.com/global-development/2015/jun/05/uk-development-finance-arm-accused-bankrolling-agro-colonialism-in-congo>

<http://www.theguardian.com/global-development/2015/jun/05/uk-development-finance-arm-accused-bankrolling-agro-colonialism-in-congo>

Julie Cruikshank, *Do Glaciers Listen? Local Knowledge, Colonial Encounters and Social Imagination*, University of British Columbia Press, 2005.

Eduardo Kohn, *How Forests Think: Toward an Anthropology beyond the Human*, University of California Press, 2013, <http://www.anth.ucsb.edu/sites/secure.lsit.ucsb.edu.anth.d7/files/sitefiles/Kohn%20-%20How%20Forests%20Think%20-%20Introduction.pdf>

Stephen Corry, "The Colonial Origins of Conservation: The Disturbing History Behind US National Parks", <http://www.truth-out.org/opinion/item/32487-the-colonial-origins-of-conservation-the-disturbing-history-behind-us-national-parks>

Patricia J. Williams, *Seeing a Colour-Blind Future: The Paradox of Race*, Virago, 1997.

Maristella Svampa, "The 'Commodities Consensus' and Valuation Languages in Latin America", *Alternautas*, July 2015, <http://www.alternautas.net/blog/2015/4/22/the-commodities-consensus-and-valuation-languages-in-latin-america-1>